

Relato de un secuestro (II, final)

Por ALDO DANIEL NARANJO TAMAYO

Para liberar al canónigo Francisco Puebla, retenido por el corsario francés Gilberto Girón en su navío surto en el Golfo del Guacanayabo, el alcalde y capitán a guerra de Bayamo, Gregorio Ramos, reunió hombres dispuestos a secundarlo.

A estos fines, salió de la villa San Salvador de Bayamo, el 26 de mayo de 1604, hace 420 años. Al día siguiente, encontró, en las cercanías del hato de Yara, al obispo Juan de las Cabezas Altamirano, escoltado por un grupo de hombres, al que solicitó cooperación de armas de fuego, municiones y pólvora.

Las autoridades locales querían vengar la afrenta y preparaban un plan para capturar o matar al corsario Girón.

El informe de Jácome Milanés sobre los sucesos señala las promesas de Ramos para todos los que tomaran parte en la lucha contra el extranjero: “... dicho alcalde pretendía que sería en grande utilidad de esta república de más del servicio de Dios Nuestro Señor y de su Magestad y aumento de su real haber y él prometía que a los que estuviesen sentenciados en rebeldía por el licenciado Poago, teniente general, que estaban allí presentes, les daría por libres como alcalde ordinario y juez de la causa cometida por la Real Audiencia de Santo Domingo”.

La composición de esta milicia popular, formada para la ocasión, la contaba el alcalde segundo, Alonso Torres Patiño, al rey: “... el cual con esta gente y la que juntó en los hatos que entre españoles, indios, mulatos y negros, serían hasta veinte y cinco personas, yendo el dicho alcalde por capitán de todos”.

O sea, la tropa de Gregorio quedó formada por 25 hombres: 15 españoles, seis indios y mulatos y cuatro negros, los que portaban para la acción algunos arcabuces, mosquetes y machetes.

EL COMBATE DE MANZANILLO

La tropa se dirigió a la “playa de Manzanilla” -hoy Manzanillo- el domingo 30 de mayo y mediante la puesta en práctica de algunas estrategias lograron sacar del navío a Girón y al rehén Puebla.

Hasta la playa llegaron a caballos el joven español Domingo Hernández, el mestizo Aguilar y dos negros de la dotación de Yara, conduciendo 16 cueros y 30 tocinos. Desde el navío partió un bote con cuatro corsarios, a los que un negro informó que la carga era parte del rescate para que echasen a tierra a Puebla y que llevaba una carta del obispo de Cuba para el fraile. Uno de los extranjeros solicitó el documento, pero se le dijo que solo sería entregado cuando el prisionero estuviera en tierra con el capitán Girón.

En uno de sus relatos, fechado el 30 de mayo de 1604, el capitán Ramos narra: “Se les llevó ciertos tocinos y dieciséis cueros y cuando vieron los franceses la carne y los cueros salieron en dos bateles llenos de gente...”

Para neutralizar la superioridad de fuego de los contrarios, Ramos escogió como escenario un monte cercano a la playa, donde preparó una emboscada

fuera del alcance de la artillería del buque francés.

En otro escrito, Ramos contaba: “Procuró con cierto ardid que saliese a tierra dicho capitán francés el cual vino con dieciocho hombres franceses, soldados viejos de los que se hallaron en la guerra de Francia que uno entre católicos y herejes luteranos, entre los cuales había dos capitanes llamados Monsieur de La Vale y otro Monsieur De Largada...”

En el primer bote montaron 10 hombres, conduciendo a Puebla. Iban armados de seis mosquetes y cuatro picas. En el segundo, lo hicieron ocho, al mando del capitán Girón, seis portando mosquetes y dos piqueros.

Sin embargo, en la costa no encontraron a nadie. Por eso, avanzaron hasta las proximidades de un monte. “De allí miraban hacia los montes -relataba Puebla- como gente que viene temerosa y avisada, encendidas y caladas las cuerdas de los mosquetes”. Los franceses, recelosos, mandaron a embarcar de nuevo al fraile, al tiempo que comenzaron a llamar a los negros.

El alcalde segundo, Torres Patiño, contaba: “... al punto que saltaron a tierra, el dicho alcalde salió con su gente y diciendo ¡Santiago! arremetió contra ellos y mataron al dicho capitán principal y a todos los soldados, excepto tres que mal heridos se escaparon huyendo y le tomaron todos los bateles que tenían”.

Del comienzo de esta acción contaba Jácome Milanés: “El alcalde mandó a los arcabuces a disparar, que eran como seis o siete, al mismo tiempo que dio el santiego diciendo: ¡Santiago! ¡Viva el rey, don Felipe, nuestro señor!, con lo cual todos los de la compañía juntos dieron las mismas voces y salieron de tropel con el alcalde adelante”.

El canónigo Puebla aporta un dato poco divulgado: “Les tomaron y ganaron los bateles, metiéndose en el mar a nado hasta matarlos. Entre los muertos estaba el capitán La Farier, gran corsario del mar y soldado que había sido toda su vida hombre de mucho valor, según este testigo oyó decir entre su gente”.

De la muerte de ese otro capitán corsario, también dejó testimonio el obispo: “La otra, que después acá han tomado otro bajel, matando dos grandes corsarios...”

Del modo en que murió Girón, con sentido histórico, escribió el obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, algunos años después: “En conclusión, un negro esclavo de la tropa española, supo humillar sus bríos, dándole una lanzada con que le quitó la vida a este malvado, sacrilego, y atrevido capitán...”

La refriega sólo duró un cuarto de hora, es decir, quince minutos. Entre los muertos estuvo un indio y heridos dos negros.

LA CABEZA DE GIRÓN EN BAYAMO

En su escrito, Ramos y Patiño contaban: “... y se trajo la cabeza del dicho capitán a esta villa y se puso en la plaza mayor de ella en lo alto de la picota”.

El alguacil mayor, Figueroa, confesó que fue el que dio la orden de colocar la cabeza de Girón en la plaza de Bayamo,



Fragmento de la historieta de Omar Felipe Mauri, *Espejo de paciencia*, adaptación del poema épico escrito por Silvestre de Balboa Troya y Quesada. Dibujo: Yuri Hernando Soler.

tarea que delegó en un pregonero llamado Francisco.

En ninguno de los escritos aparecidos del siglo XVII se relaciona al esclavo criollo Salvador, hijo de Golomón, quien mató a Girón de una lanzada en duelo singular.

El aporte histórico de la muerte del capitán corsario a manos de un negro lo realizaron los cronistas Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, en su *Historia de la isla y Catedral de Cuba* (1760), y Manuel José de Estrada y Oduardo, quien menciona la presencia del negro “Salvador” en su artículo “Bayamo”, redactado en 1827.

¿FIN DEL CONTRABANDO?

Las autoridades de Bayamo prometieron al rey Felipe III la redacción de un “memorial particular” y una “información” por parte de Cabezas Altamirano, contentiva de todos los detalles de aquellas incidencias.

Después de los hechos narrados, el obispo regresó a Santiago de Cuba, donde emprendió la reparación de la catedral metropolitana, la cual prosperó rápidamente.

Es famoso que Cabezas Altamirano acumuló una fortuna de 10 mil doblones, compró unas estancias por valor de 10 mil 768 reales, un ingenio azucarero cerca de la capital oriental y el hato Ocaña, en la zona de Guantánamo.

Lejos de disminuir el comercio ilegal, aumentó su volumen. A Bayamo continuaron llegando varios funcionarios de la Real Audiencia de Santo Domingo, entre ellos, Ronquillo, Francisco Manso de Contreras y hasta una armada, al mando del capitán de navío Juan de Álvarez Avilés.

No por casualidad Juan de las Cabezas Altamirano y Francisco Puebla, a quien nombró provisor de la catedral, fueron de los primeros en ser acusados de poseer muchas “haciendas” adquiridas en las granjerías de los “rescates” en la región de Bayamo, por Francisco Manso de Contreras, en el segundo semestre de 1606.

El problema era que el obispo se había trasladado a vivir a Bayamo. En marzo de 1610, se le otorgó el obispado de Guatemala. La noticia la recibió en el valle del Cauto, donde estaba muy bien instalado.

IMPORTANTES CONCLUSIONES

Trazar el bosquejo de sucesos tan trascendentales son aportes indiscuti-

dos a la ciencia histórica nacional. El análisis de los documentos pone en claro la cronología de los hechos, primero la captura del obispo de Cuba por un corsario francés y el inicio de negociaciones exitosas para su liberación, y después la organización de un combate para liberar al canónigo Francisco Puebla.

La reconstrucción permite llegar a importantes conclusiones y generalizaciones: el fondo comercial de Bayamo y las relaciones con piratas y corsarios de Inglaterra, Francia, Italia, Portugal y Holanda, entre otros países europeos.

Evidencia la autosuficiencia combativa de los bayameses, quienes decidieron no depender de las tropas permanentes dislocadas en Santiago de Cuba, para resolver sus problemas defensivos. Este es buen antecedente de los principios de las milicias cívicas y la territorialidad.

En el combate de la playa de “Manzanilla” tomaron parte españoles, canarios, criollos blancos y negros, un portugués, aborígenes y africanos, sin importar que unos fueran ricos y otros pobres, unos libres y otros esclavos. Lo importante era defender un fuero común. Sin duda alguna, los bayameses con sus luchas y unidad mostraban la génesis de la nacionalidad cubana.

Los vecinos de Bayamo no solo salvaron sus honores, sino que reafirmaron el código de aquellas relaciones comerciales con extranjeros. Su valor y bizarría quedó una vez más probado de modo estupendo. La cohesión de todos permitió la colosal victoria.

DESDE LA LITERATURA

El poeta canario Silvestre de Balboa y Troya Quesada fue el primero en escribir en octavas reales sobre los acontecimientos, en su famoso poema *Espejo de paciencia*, concluido en julio de 1608.

Algunos otros literatos, como Julio Travieso y Antonio Rodríguez Salvador, se han acercado a los hechos desde la novela histórica, mientras Alejandro Alcalá lo hace desde la cuentística.

La literatura puede ayudar mucho a penetrar los sentimientos que animaban a aquellos prohombres de Bayamo, los conflictos existenciales y la gallardía en defensa de sus fueros. Esa puede ser una gran contribución a inmortalizar las hazañas de Bayamo, como un modo también de explicar su trayectoria histórica.

